

¡A la Cruz por la Cruz!

DOMINGO DE RAMOS

16 de Marzo de 2.008

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. Filipenses, 2, 6-11.

La enfermedad, el sufrimiento, la muerte nos ponen "en cueros", "en carne viva", a los humanos. Es entonces cuando, remitidos a nuestras esencialidades, paradójicamente nos percibimos más vivos, más hombres, más nosotros mismos. Es cuando más "necesidad" del Otro y de los otros experimentamos. Cuando más advertimos nuestras radicales impotencias y nuestra imposibilidad de autosalvarnos,

Desposeídos de nuestras seguridades y técnicas de salvación devenidas todas ellas impotentes, despojados de nuestros autosuficientes rangos, desalijados y desalojados de nosotros mismos, sin "dios" alguno que venga a bajarnos de la cruz, es cabalmente entonces cuando asistimos a la mostración del "ecce homo" y cuando, ¡hombre de mí ! , nos percatamos de nuestra medida real.

Pero también es entonces cuando, fiel y obediente a su condición de hombre, el hombre se descubre solidario, hombre universal, uno de tantos, con ese poder socializador que confiere el sufrimiento a los hombres de buen sufrir. Es cuando asoma, asimismo, en el hombre su más radical dignidad, su necesidad de ser salvado por alguien mayor que hombres y que cosas, su confesión sincera del poder salvador de un Dios echado de menos.

Es el hombre todo el que, desenmascarando ídolos y mesías insuficientes, de venido a menos se ve llegar a más, gracias a que hay un Dios que levanta al pobre del estiércol y lo sienta con los príncipes de la tierra. Gracias a que Jesucristo el Señor, sin alardes de Dios y como un hombre cualquiera, es ya todos los hombres y

todos los nombres. Él, que puesto “en carne viva” y pasando por el fuego de la “pasión”, “a gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte y, escuchado por su actitud reverente, se ha convertido para todos los que obedecen en autor de salvación eterna”.

Juan Sánchez Trujillo